

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

textos y documentos

Número 332

Barcelona, 30 de Diciembre de 1937

Av. 14 de Abril, 556

**Siento
dejar España.
Quiero hacer**

**ros comprender que si
mi cuerpo estuviera
ahora pudriéndose
con todos aquellos cu-
yo hedor casi me vol-
vió loco en la C. U.,
mi vida no se hubiera
malgastado.**

Desde las trincheras españolas

Entre el copioso acervo de la historia y relegado casi siempre a lugar subalterno por los eruditos y sesudos varones encargados de conservarla y revisarla, existe un modesto sector cuyos testimonios suelen ser con frecuencia más vivos, de más valor humano que otros importantísimos e incontestables documentos. Me refiero aquí a las cartas, no a las misivas de altos personajes que siguen siendo la mayoría de las veces «papeles de Estado» y no abandonan su política y diplomática reserva, sino a los pliegucillos casi anónimos, emborronados precipitadamente, al azar de los días, por quienes viven la historia e incluso la hacen sin figurar en ella; por los que la transmiten a seres que les son próximos, en una expansión natural y espontánea, del todo ajena al empaque ceñido y meticoloso del infalible historiador.

Las cartas son acotaciones al margen de la Historia y, como suele ocurrir en los textos graves, quizás representen para ciertos espíritus especialmente curiosos, lo más interesante de ella.

Por desgracia, la historia de España no cuenta con muchas acotaciones de este género. Pocas correspondencias se han salvado del cesto de los papeles o del pudor familiar, que purifica con el fuego las libres expansiones del pariente desaparecido. Quizás se nos dirá que por demasiado aficionados a la chismografía hablada, despreciamos la chismografía escrita, pero a esto objetaremos que no todo en esta correspondencia son chismes, y que la impresión reciente transmitida sin aprestos ni rectificaciones puede inconscientemente plasmar un trozo de historia más verídico y palpitante que la crónica farragosa construída fecha a fecha por un historiador de oficio.

llón irlandés que ha dejado ya tantos héroes en nuestro suelo.

Junto a cartas como las que he citado, escritas por hombres cultos y acostumbrados a manejar la pluma, hay otras sencillas, a veces torpemente pergeñadas, pero no por eso menos vivas e interesantes. En todas vibra como denominador común el mismo empeño, la misma consigna: el *no pasarán* que los milicianos del primer momento dieron como grito de guerra a los antifascistas del mundo.

Un holandés, vendedor ambulante, católico y antifascista, escribe a sus amigos desde el frente español, y estas cartas son quizás sus primeros balbuceos literarios:

«Amigos: Hará un mes que estoy en España y nos va estupendamente. Los fascistas hicieron una gran ofensiva en nuestro frente la semana pasada, pero el resultado fué que les hicimos retroceder muchos kilómetros y que han perdido cientos de muertos; ha sido una verdadera carnicería; detrás de cada árbol había un cadáver. Todos los días vienen a nuestro lado españoles forzados a luchar con Franco. No descansaremos hasta echar la escoria fascista en el Mediterráneo, hasta el último hombre.

«Nuestro mayor éxito ha sido en Guadalajara, en la gran carretera Madrid-Zaragoza, donde los italianos hicieron su gran intentona. Eran los súbditos de Mussolini con sus camisas negras y las mejores tropas de Abisinia, cuarenta mil equipados con el más moderno armamento italiano y tanques, pero nosotros, con nuestros bravos camaradas españoles, estábamos en nuestros puestos. Durante cinco días la lucha fué durísima y sangrienta, pero el sexto día fuimos recompensados; los nuestros hicieron un furioso ataque y conseguimos romper sus líneas; entonces acabamos con ellos, lo suyo no fué ya una retirada sino una loca huida; retrocedieron veinte kilómetros en dos días, dejando atrás dieciséis cañones, sesenta camiones, más de cien ametralladoras, toneladas de gasolina y sus cocinas de campaña cubiertas de zapatos. Se quitaron los zapatos para correr más a prisa, pero a pesar de eso hicimos seiscientos prisioneros y los muertos no podían contarse. Parece ser que perdieron dieciséis millones de pesetas de material, en un día. Como veis, las cosas van bien por aquí.

«Aquí tenemos el más hermoso ejemplo de solidaridad; aquí luchan, hombro con hombro, holandeses y belgas, franceses, alemanes, ingleses, todas las naciones del mundo, juntos, con un propósito: vencer al fascismo.

«Esos pobres fascistas van por allí con barbas de un metro o más, han jurado no afeitarse hasta Madrid y ahora ya no pueden luchar con nadie porque se enredan todo el tiempo en sus barbas y tropiezan...»

El escritor holandés Jef Last ha tomado parte activa en los combates del frente de Madrid, y sus cartas a su mujer, que quedó en Amsterdam con tres hijos pequeños, relatan minuciosamente la lucha en los sectores más próximos a la capital:

«Repito que nuestros milicianos son los hombres mejores y más valientes que puede imaginarse. Días como los de Getafe y Villaverde son los días que eligen Col y sus camaradas para capturar tanques enemigos, sin más auxilio que un puñado de granadas de mano. Era sábado. Franco anunció por la radio que al día siguiente tomaría café en Madrid. Radio-Lisboa describió su triunfal entrada en la ciudad, sobre un caballo blanco. Se prohibió a los corresponsales de prensa extranjera que siguieran al ejército. Franco quería habérselas a solas con los madrileños. Mola contaba con repetir lo de Badajoz y anunciaba la pena de muerte

(continúa en la página siguiente)

“FROM THE SPANISH TRENCHES”

«Desde las trincheras españolas» es una recopilación de cartas escritas por los combatientes de la Brigada Internacional que luchan en nuestro país y por los miembros de las unidades sanitarias que los comités norteamericanos de ayuda a España han enviado a nuestros frentes desde el comienzo de la guerra.

Las traducciones y la selección han sido hechas con notable acierto por Marcel Acier, escritor americano, nacido en Francia, que dedica ahora todas sus actividades a la organización de auxilios médicos para nuestros luchadores.

Entre los firmantes de este volumen, publicado en Nueva York, hay escritores conocidos, como Ilya Erenburg y Jef Last, corresponsales de prensa extranjera, republicanos irlandeses, comunistas, católicos, muchas americanas que prestan su servicio como enfermeras, y gente joven que, ansiosa de vida y libertad, lucha por la suya y la de sus respectivos países al par que defiende la nuestra.

Testimonios demasiados recientes, dirán algunos, refiriéndose a estas cartas; les faltará sin duda esa exactitud de la visión y esa ecuanimidad en el juicio que sólo la perspectiva que da la distancia y el sereno transcurrir del tiempo logran elaborar. Pero poseen en cambio una fuerza viva, un calor de actualidad tan penetrante y humano que a través de sus líneas se siente la tragedia española y sus repercusiones en todos los pueblos con una realidad sin artificio que ningún manual de historia sabría reproducir.

Abundan en estas misivas los episodios sangrientos y las tiernas anécdotas sentimentales. Quisiéramos reproducirlas todas, con su estilo característico, sus detalles íntimos y hasta, en algunos casos, sus defectos de redacción y ortografía.

Ilya Erenburg describe, en esa prosa agrídulce que le es peculiar, el desfile de un batallón que sale de Barcelona hacia el frente:

«Los niños encontraban preciosos los gorros relucientes de sus padres. Las mujeres se ceñían a sus hombres en un estrecho abrazo. De cuando en cuando, una pausa se introducía apagando aquel ambiente festivo. Sus ojos relucían. Una muchacha repetía continuamente: «Me escribirás, verdad, me escribirás...» Un jovenzuelo demacrado, abrazándose al fusil, hablaba, no sabemos con quién: «Un fusil, sí, ¿pero tendré que limpiarlo?» Una vieja le cuchicheaba a su hijo: «¿Podré acompañarte hasta la estación, verdad?» Esta escena no pertenecía a ninguna película; era auténtica.

«Los alemanes abrían la marcha. Llevaban el retrato de Thaelmann. Rubios, con ojos azules, más altos que los otros. Marchan mejor también. Parecían maes-

tros en el arte militar. Habían sufrido mucho: la ruina, la cárcel, la soledad, las torturas del destierro. Entre aquellos hombres rudos y alegres, acompañados de su valentía y de su infantil buen humor, habían recobrado la esperanza. Iban al frente de Zaragoza para salvar a los hijos de Baden y Pomerania. Sonreían dichosamente a los ruidosos barceloneses que saludaban al batallón desde sus balcones.

«La abuelita marchaba junto a su nieto. La columna se disolvió entre la multitud; una mujer marchaba al lado de cada hombre. El calor de la vida hace que la muerte parezca menos terrible. Sólo los alemanes marchaban solitarios: su porte varonil era un porte militar. Eran forasteros en aquel hermoso país. De pronto, cuando el batallón cruzó la Rambla, observé a dos obreras. Se dirigían hacia los alemanes, vacilando y sin hablar: sonriendo un poco, marcharon junto a ellos.»

El capitán del batallón irlandés, católico ferviente, escribe a su familia, desde Elda donde estuvo hospitalizado:

«Es una lástima, pero la mayoría de los irlandeses que dejándose seducir se han puesto al lado de Franco, son unos locos que creen luchar por la Fe. Yo he visto cómo luchan por la Fe, el traidor Franco y sus maestros italianos y alemanes. Cadáveres de niños amontonados en un patio de escuela después de un *raid*, colas de mujeres destrozadas junto a las panaderías, viviendas de trabajadores desfondadas. ¿No habéis oído hablar de la plaza de toros de Badajoz y de otras ciudades tomadas por los fascistas? ¿Y de las mujeres entregadas... una a cada veinte moros? Esta es la Fe por la que luchan...»

«Siento dejar España. Quiero hacerlos comprender que si mi cuerpo estuviera ahora pudriéndose con todos aquellos cuyo hedor casi me volvió loco en la Ciudad Universitaria, mi vida no se hubiera malgastado. Cada vida que dejamos en España es una razón más contra el fascismo. Si debo ser responsable por lo que le ocurra a mis compatriotas allí, mi conciencia está tranquila, aunque muchos familiares no comprendan e incluso me censuren. Todos los nuestros que murieron allí, no murieron en vano. Su recuerdo nos alentará en Irlanda, cuando nos llegue el turno y tengamos que derrotar al fascismo allí también.»

Cartas como ésta son el más ruidoso mentís para todos los que afirman que los espíritus religiosos y los verdaderos católicos tienen por fuerza que apoyar a Franco. Irlanda es un país cuyo acendrado catolicismo nadie puede poner en duda y aquí están luchando con nosotros muchos de sus hijos en las filas de ese bata-

para todo el que tuviera armas... Hace cuatro semanas de esto. Mientras tanto, el café de Franco se enfrió por completo. Calcularon mal porque no entienden al proletariado y porque no saben que aun cuando se equivoca aprende en sus equivocaciones; si alguna vez se deja chafar es sólo para surgir de nuevo y volver a la batalla con más coraje y más convicción que antes. El enemigo con sus prisas se tiró de cabeza en el despeñadero al tropezar con el renovado heroísmo de Madrid.

«Los fascistas tienen sus trincheras a ochocientas yardas de nosotros. Esta trinchera va del hospital militar a la carretera de Extremadura. Ocupan un pueblecito frente a nosotros y vemos claramente en las casas los boquetes de sus ametralladoras. Tiran mal y casi todos sus proyectiles estallan a unos cien metros detrás de nuestras líneas, en el cementerio, robándoles a los muertos su descanso. ¿O quizás el «Arriba España» va por ellos también?»

«Durante doce días no nos hemos mudado, hemos rechazado al enemigo tres veces después de sus ataques

nocturnos, permanecemos en nuestros puestos ocho horas seguidas y rara vez comemos caliente porque las cocinas de campaña no pueden llegar hasta aquí.

«Sin embargo, en estas semanas no he oído una sola queja. Por las noches, alrededor de la lumbre, los camaradas cuentan historias. Se canta también. Nadie duda de nuestra victoria. A menudo preguntan: «Díganos, teniente, ¿por qué vino aquí? Cojo mi mapa y les explico cuidadosamente cómo Francia estaría rodeada de fascistas si éstos vencieran en España. Con la ayuda de España, Alemania podría separar a Inglaterra de sus colonias. Entonces estallaría una guerra mundial en condiciones muy favorables al fascismo. Por esta razón no sólo defendemos España, sino la Democracia entera. Me miran con ojos brillantes y dicen: «¡Chicos, qué batalla!»

Las mujeres han acudido también a España, ofreciéndole abnegadamente su fervor laborioso.

Enfermeras y muchachas de las distintas universidades norteamericanas trabajan día y noche en los laboratorios y hospitales de sangre más próximos al

frente. Sus cartas son el testimonio de su entusiasmo e incansable actividad. Quisiéramos reproducirlas todas, pero desgraciadamente la falta de espacio nos lo impide. Para concluir, transcribimos este párrafo de una de ellas, que pone de manifiesto una vez más el espíritu que anima a nuestros defensores:

«Juzgo el espíritu del pueblo por el de sus soldados. Llegó una ambulancia con treinta heridos. Empezamos a curarlos y venderlos antes de que se acostaran. Un muchacho español (tendría a lo más dieciséis años) se impacientaba. Cogió su navaja y se abrió la palma de la mano extrayéndose la bala superficialmente incrustada en ella. (No lo supimos hasta después.) Luego alzó su mano herida en un saludo y con la navaja y el proyectil ensangrentado en la otra, gritó: «¡Salud, camarada médico!»; y pasó con la cabeza erguida, exclamando: «¡No pasarán!». Eso significa que Franco no pasará. Y la bala tampoco pasó a través de su mano. ¿Qué te parece?»

E. de CH.
(Escrito expresamente para el «Servicio Español de Información».)

Teruel bajo la autoridad de la República

El Gobernador general de Aragón relata interesantísimos detalles de lo ocurrido en la ciudad de los Amantes. - Han sido encontrados los ficheros fascistas. - La moral de Falange. - La actitud de los ferroviarios en la zona rebelde. - Las detenciones realizadas. - Los gerifaltes de la justicia facciosa en Teruel. - Unas cartas de amor que lo dicen todo.

Apenas las primeras patrullas de nuestras fuerzas de choque alcanzaron, victoriosas, los arrabales de la ciudad turolense, el Gobierno de la República tomó las necesarias disposiciones para que, una vez terminada la acción de las armas, la vida de la población fuera restablecida inmediatamente bajo el dominio de las autoridades civiles.

Cumpliendo este mandato, el gobernador general de Aragón, señor Mantecón, se constituyó en las inmediaciones de Teruel, dictando las medidas precisas, movilizándolo a las fuerzas de Vigilancia y Seguridad y realizando un trabajo digno de las más calurosas alabanzas, con el fin de canalizar la anormalidad de la guerra y preparar, al mismo tiempo, comprobaciones que han de ser en breve plazo el cimiento de la actuación de la justicia republicana.

Hoy hemos conseguido, al cabo de una semana, dar con el Gobernador general de Aragón y lograr de éste unos minutos de charla.

No nos ha defraudado la entrevista. El señor Mantecón, sereno, firme, con una ecuanimidad admirable, va reconstituyendo la vida, los accidentes y los sucesos desarrollados durante estos dieciocho meses de tiranía facciosa en Teruel.

Después de intensas pesquisas, los agentes al servicio del Gobernador general de Aragón han encontrado en Teruel los ficheros de Falange, los de Renovación Española y los de los requetés. Contienen nombres y detalles interesantísimos y testimonios que asombrarán a España por su maldad refinada.

Por si fuera poco valioso el hallazgo, se han encontrado numerosísimos documentos que demuestran cómo actuaban estas entidades promotoras del alzamiento militar que ha ensangrentado a España.

A la vista de un documento se aprecia el grado de moral de Falange Española. En la ciudad de Teruel, para acapararlo todo, habían sindicado en sus organizaciones los falangistas a las prostitutas y obligaban a las mancebias a satisfacer un tanto por ciento de los ingresos en la tesorería de las JONS.

Se ha encontrado otro documento en virtud del cual, y cumpliendo órdenes telegráficas de Salamanca, se disuelve el Sindicato Nacional Ferroviario de Falange, por haberse comprobado que «en las filas de aquel organismo se han infiltrado elementos marxistas que han provocado dolorosos y peligrosos actos de sabotaje en los ferrocarriles de la zona liberada de los rojos»...

El señor Mantecón nos habla del

hallazgo de otros interesantísimos papeles de cuyo contenido no es discreto hacer mención alguna hasta que se realicen determinadas diligencias.

Hasta la fecha han ingresado en diferentes cárceles de la retaguardia, a disposición de la justicia, unos doscientos detenidos, entre los que hay más de cuarenta cuyos delitos son de carácter gravísimo.

La justicia facciosa en Teruel estaba «dignamente» representada. Ayer por la tarde, y al fugarse con su familia del Seminario, fué muerto por los propios rebeldes el Presidente de la Audiencia. Se llamaba José Ogando Stolle. Fué, hasta el momento de la sublevación, Juez de Instrucción en un distrito de Madrid. Declarado cesante por su historial reaccionario y monárquico, el citado Magistrado estuvo oculto cerca de nueve meses, al cabo de los cuales, no se sabe por qué medios (ahora lo está averiguando la policía), consiguió trasponer la frontera, y por Francia marchó, servil, a ponerse a las órdenes del traidor Franco, que,

como recompensa, le nombró Presidente de la Audiencia de Teruel. En el Archivo de Falange hallado por los agentes del Gobernador general de Aragón, se ha encontrado una carta de José Ogando Stolle en la que relata, como «méritos», sus persecuciones contra los elementos obreros madrileños y solicita su ingreso como militante en las filas falangistas.

El otro puntal de la justicia facciosa en Teruel es el Fiscal Gabriel Cayón Duomarco, del que también se ha encontrado una carta pidiendo el ingreso en las filas de Falange y un recordatorio de trabajos hechos desde su cargo, «que me permiten suponer que són más que suficientes para conseguir mi anhelo de ingresar en esa españolísima agrupación»... Los trabajos a que se refiere Gabriel Cayón Duomarco son persecuciones, sentencias de muerte y cadenas perpetuas contra ciudadanos cuyo único delito era ser fieles a la República...

Según las noticias que por muy veraces conductos llegan hasta el Gobernador general de Aragón, en el

interior de los reductos facciosos hay, entre fuerzas armadas y población civil, unas 3.500 personas esperando un auxilio que no podrá llegar nunca. Están en aquellos reductos todos los autores, cómplices y organizadores de las fechorías realizadas en Teruel. Ni uno solo ha conseguido salvarse. Los cuarenta que estaban fuera y que creyeron podían huir de la ciudad entre el hormiguero de evacuados, han caído todos, absolutamente todos, en manos de las autoridades gubernativas de la República.

Se poseen también, encontradas en diversos domicilios de gente «bien» de Teruel, una serie interminable de cartas de amor escritas en un castellano lamentable por moros de los que trajo Franco a combatir a la República, que reflejan el vergonzoso relajamiento de las damas afiliadas a Falange, a «margaritas» y a Acción Católica. Algunas confiesan favores recibidos que no detallamos aquí por respeto a los lectores.

Aun nos ha dado el señor Mantecón una última noticia respecto a la desmoralización que corrompe ya a los fascistas parapetados en uno de los reductos. En las últimas horas, hasta nuestros puestos de observación y vigilancia han llegado fugitivos y bastantes rebeldes, en su mayoría guardias civiles, que han manifestado que en el interior de la lucha es terrible entre los que quieren rendirse y los que, espantados de sus crímenes, se oponen a ello.

ESCENAS DE TERUEL

LOS DESMANES QUE COMETIAN LOS DEL TERCIO

La impresión más marcada que se obtenía al penetrar en Teruel inmediatamente después de haber sido tomado por nuestras tropas, era la ineficacia de la resistencia por los grupos que se habían cobijado en los edificios de más sólida construcción de la ciudad. Se podía andar por casi todo Teruel sin apenas riesgo. Los fascistas reclusos disparaban poco. Esperaban sin duda que llegasen fuerzas. Una mujer que vivía en una de las calles de la Plaza del Mercado, Mercedes Sánchez, nos decía que cuando huyeron los fascistas a encerrarse en el Seminario, les decían a los que no querían marchar:

«Vienen en nuestra ayuda cuarenta mil italianos que han salido de Zaragoza.

A partir del primer día los edificios en poder de los facciosos fueron cayendo en nuestro poder sin esfuerzo. La intención de imitar a los del Alcázar de Toledo se ha limitado a ser un afán ridículo. A estas horas, una vez en nuestro poder el Seminario, que era la única fortaleza que podía ofrecerles esperanzas de resistencia, los fascistas ya se habrán dado cuenta perfecta de que lo de Toledo fué un episodio de otros tiempos. Las milicias improvisadas de entonces ya son el ejército bien pertre-

chado al cual le es fácil aplastar reductos más o menos bien defendidos.

Teruel significa para la República una victoria total; los fascistas han sido vencidos, sin que tengan en su haber la menor acción brillante. No pasarán muchos días sin que la población evacuada pueda regresar a sus casas e iniciar una vida más digna y menos mísera. De la terrible pobreza con que vivía la clase obrera de Teruel y una parte de la clase media nos han hablado diferentes mujeres. Una muchacha, Pepita Alegre, que salió de uno de los barrios altos de Teruel con sus padres y dos hermanas, nos estuvo contando la vida que hacían. Su padre era mozo de los servicios de limpieza del Municipio y ganaba tres pesetas diarias. No tenían otros ingresos, pues según iba transcurriendo la guerra las dificultades en todas las casas eran mayores, y no era fácil ayudar a la familia empleándose como costurera o sirvienta.

«Hemos pasado seis meses en los cuales muchos días no hemos podido comer—nos dice—. Y no podíamos quejarnos en voz alta, pues se tropezaba a una con los de Falange, que nos acusaban de pensar como los «rojos».

Cuando salimos de Teruel con esta familia presenciamos la escena si-

guiente, que creemos digna de ser conocida. A un soldado que llevaba una gallina le detuvo un jefe, que le preguntó sobre la procedencia de la misma. El soldado le dijo que la había comprado. El jefe llamó en la casa en que vivía la mujer que se la había vendido. La mujer confirmó lo dicho por el soldado.

«¡Lo mismo que los del Tercio!»—dijo una evacuada que esperaba junto a un bulto de ropa a otras vecinas que se habían entretenido recogiendo lo más indispensable, y que como otras personas observaba este incidente.

Esta mujer nos refiere los desmanes que cometían los soldados del Tercio, entre los que había muchos extranjeros. Se temía la permanencia de estas fuerzas en Teruel mucho más que la de las fuerzas mo-

ras. Una exclamación espontánea de una de las hijas de Alegre cuando hablaban de los del Tercio, fué la siguiente:

«¡Cuando uno de los del Tercio se fijaba en una muchacha, ya estaba arreglada!»

Estos individuos se emborrachaban y promovían escándalos por las calles. Las gentes pudientes de Teruel les miraban con simpatía y no parecía molestarles las barrabasadas que cometían, tales como llevarse las mercancías de los comercios por medio de amenazas, en donde trataban de cometer violencias contra las mujeres.

En una ocasión la gente conocida por lo más distinguido de Teruel paseaba por la plaza del Torico. Hicieron entonces su aparición en ella un grupo de moros borrachos, los cuales trataron sin consideraciones a las jóvenes cristianas. Salieron unos paisanos en defensa de ellas y los moros entonces echaron mano a las bombas que llevaban en el cinturón. Todo el mundo huyó atemorizado.

Escenas de este tipo, en las que la población civil era víctima de los desmanes de la soldadesca mercenaria, se producían en Teruel cada vez que llegaban a la ciudad fuerzas de choque.

Acostumbrados a este proceder de los soldados fascistas, la conducta de los nuestros producía sorpresa en la parte de la población que sin ser fascista estaba influida por las calumnias que lanzan contra nosotros, por todos los medios de publicidad.

Un grupo de mujeres que iba con sus bultos hacia la parte baja de Teruel, gastaba bromas a nuestros soldados, que en una de las calles del centro hacían cola para comprar en una tienda pañuelos y calcetines. En esa calle hacía una hora que se había luchado y estaba llena de cascotes y de cristales rotos.

«¿Se parecen estos soldados a los del Tercio?»—preguntamos a una de las mujeres.

«Los del Tercio eran peores que bandidos—contesta—. Y los pobres que habían venido a la fuerza en las quintas no eran malos; pero como sólo ganaban dos reales, pues también se llevaban alguna cosa si nos descuidábamos.

ESTE DIARIO SE REPARTE GRATUITAMENTE

La prensa alemana, sorprendida por lo de Teruel, trata ahora de quitar hierro al asunto

Berlín, 28.—La prensa alemana muestra un enorme interés por Teruel y la batalla en curso. Nunca ha publicado títulos tan sensacionales. Teruel ha producido una gran sorpresa, porque en Alemania se esperaba la ofensiva de Franco y no la republicana. Naturalmente, la prensa trata ahora de quitar hierro, lanzando fantasías, volviendo a hablar de la famosa ofensiva de Franco, si bien la presenta ahora en las proporciones, más modestas, de «un importante contraataque faccioso».

La crisis rumana

UN GOBIERNO MINORITARIO

En Rumania hubo elecciones generales. El bloque gubernamental, conjunto de fracciones heterogéneas, aspiraba a obtener el cuarenta por ciento de los sufragios que se emitieran. De haberlo conseguido, le correspondía, según la Ley Electoral, la llamada prima mayoritaria, que le habría asegurado el predominio en la Cámara nueva.

Pero no obstante la presión oficial, que ha sido tremenda, dicho bloque no reunió más que un treinta y siete por ciento de los votos depositados en las urnas (los otros partidos afirman que en realidad fueron muchos menos). No podía invocar derecho alguno a la aludida prima mayoritaria. El Parlamento se anunciaba como ingobernable. ¿Qué iba a ocurrir?

El partido más fuerte de Rumania es, desde luego, el nacional campesino, cuyas tendencias democráticas son mal vistas por los cortesanos que rodean al rey Carol en sus palacios de Bucarest y de Sinaia. Pero ha sido víctima de persecuciones enconadas y le han privado de muchas actas que había ganado en buena lid.

Los restos del liberalismo histórico, divididos en agrupaciones banderizas, no pueden servir de núcleo a un movimiento de reforma política y social. Juan Bratiano, estrechísimo, en gravísimas circunstancias, a atacar el privilegio de los latifundistas de las llanuras válacas y a dar la tierra al labriego que la cultivaba como colono peón. Los intereses conservadores, alarmados, le cerraron el camino, y la transformación agraria no llegó a su fase última. De todas formas, la obra rural de Juan Bratiano es lo único verdaderamente digno de lo hecho en Rumania después de la Gran Guerra. Y sus sucesores—su hermano Vintila, entre ellos—no tuvieron su brío y su constancia. Abatieron la vieja bandera del liberalismo constitucional, ante las veleidades autoritarias del rey Carol, y no quisieron aproximarse a los campesinos de Maniu. Y les abandonó la pequeña burguesía, como ya les habían abandonado las clases populares de las grandes ciudades de la antigua Ru-

mania, y no encontraron en las comarcas anexionadas—Transilvania, Besarabia, Bukovina, etc.—nuevos partidarios.

En la derecha hay dos fuerzas que aunque han peleado separadamente en las elecciones últimas, están destinadas a coaligarse y tal vez a fundirse. Una es el partido cristiano y la otra la Guardia de Hierro, que ha dado a Franco muchos voluntarios. La primera es fascista clerical a estilo de Dollfuss o de Oliveira. La segunda «nazi» conforme a la escuela hitleriana. Y es muy curioso que, según han dicho los liberales, en algunos distritos se hayan entendido electoralmente con el partido nacional-campesino.

Según las últimas noticias, el Gobierno cayó y ha sido reemplazado por un gabinete minoritario cuyos ministros fueron reclutados entre las dos grandes fracciones de la derecha y algunas personalidades del partido de Maniu. Pero reunido el Comité directivo de éste, acordó, a las pocas horas, su expulsión. Los nacionales campesinos siguen aferrados a su oposición irreductible y en lucha franca y resuelta con la Corte carolina.

¿Qué sucederá? ¿Se presentará a la Cámara el nuevo Gobierno, para que le derroten y poder así disolverla? ¿Pedirá plenos poderes al monarca? La impresión en la Europa Central es que Rumania, contra el deseo de las masas populares y de la parte más ilustrada de su burguesía, va a un régimen totalitario semejante al italiano o al alemán. Pero ese régimen totalitario tendrá que definirse, o clericalismo antisemita o nazismo militaroides. O Hitler o Dollfuss. El rey Carol tendría que optar...

Hagamos votos porque la prudencia se imponga en las alturas, porque el pueblo sepa defender sus libertades y porque Rumania no se agregue, en calidad de satélite, a la constelación fascista que tiene por eje la línea capitalina que va de Roma a Tokio, pasando por Berlín.

EN LOS FRENTE DE MADRID

Hortelanos que recogen sus cosechas al pie de las trincheras de primera línea

En la guerra que el pueblo entero de España está sosteniendo contra el fascismo coaligado de Europa, se han dado casos inauditos en las guerras que hasta ahora ha sufrido la humanidad. Todos los extranjeros que han llegado a visitar los frentes de Madrid han reaccionado de la misma manera al observar la defensa de la capital de España. A todos les parece increíble que a unos seiscientos metros de las trincheras de la Ciudad Universitaria y del Parque del Oeste se haga la vida corriente. No comprenden que las mujeres se sienten al sol, junto a los portales, y se entretengan oyendo los disparos de fusil que raras veces cesan en su chi-chi-porroteo. Les parece más extraño que allí mismo haya un cinematógrafo al que van las madres con sus hijos, cuando en la parte alta del edificio se aplastan las balas de fusil de los disparos que hacen los fascistas desde la madriguera del Clínico.

Esta manera de vivir los no combatientes tan cerca de la lucha, no cabe duda que responde a una manera muy honda de ser de una raza y a las circunstancias en que se han educado los individuos que a ella pertenecen. El pueblo de Madrid siempre ha sido «muy suyo» y ahora, en los momentos que vive, tenía que subrayar su manera particular de ser. La capacidad de que ha dado muestras para resistir el sufrimiento es indudable que es una consecuencia de los dolores que tuvo que soportar antes de la guerra. Una gran parte de la población obrera y de la clase media de Madrid vivió siempre mal. Miles de obreros sin trabajo se habían acostumbrado a acostarse muchas noches sin cenar. Y este sufrimiento material lo aguantaban teniendo conciencia de la atroz injusticia de la sociedad que a tal martirio y humillación los sometía. Con el estómago vacío comenzaron a luchar contra tales injusticias en

una lucha lenta y dura. Así puede darse este ejemplo de dura resistencia.

De la sangre fría, si así se la puede llamar, de que dan prueba los madrileños, es un ejemplo el caso siguiente.

En uno de los subsectores de Madrid, en las primeras trincheras, hay unos hortelanos que labran sus tierras y recogen sus verduras. Visítalos las referidas trincheras acompañados de un jefe militar y hemos visto a un hombre excavando unos retales de tierra en los que se veían coles, acelgas, coliflores, etc.

—¿Se han hecho agricultores los soldados?—preguntamos al militar.

—No; ese hombre que ve usted ahí es el dueño del huerto. Se le ha concedido un salvoconducto para que pueda seguir cultivando sus tierras. No ha habido más remedio, porque no se resignaba a dejarlas improductivas.

Estas trincheras de primera línea se hallan por esta parte a alguna distancia de las enemigas, pero siguiendo un poco hacia la derecha, las trincheras enemigas están a pocos metros. Las balas pasan por aquí a veces, con su fino siseo. Más allá hay otra huerta que sobresale de las trincheras. Ahora hay allí una mujer y un hombre, con un borriquillo. Unos minutos después los vemos venir por un camino de herradura con dos sacos de verduras a lomos del pollino.

Nos acercamos a estos trabajadores.

—¿A dónde llevan ustedes esas verduras?

—Vamos a venderlas a Madrid.

—¿No han dejado ustedes de trabajar en su terreno?

—El año pasado no tuvimos más remedio, porque en estas trincheras estaban los fascistas.

La mujer lleva el pelo partido por una raya y muy estirado. El rostro

lo tiene acolorotado, como de color de ladrillo. Tiene un acento madrileño muy marcado.

—¿Y no le temen a las balas?—le pregunto.

El hombre se sonríe, un poco burlesco. Tiene unos cincuenta años y arrugas muy marcadas en su cara.

—Por aquí sólo llega alguna bala perdida.

Habla luego de su industria. En los batallones tienen unos buenos clientes, pues les compran mucho. Lo que les queda lo llevan a Madrid.

Y su mujer se aleja con el borriquillo. Un soldado me dice después: —Esta mujer es un caso de valentía. Un día que estuvieron cañoneando toda esta línea, siguió trabajando el huerto. Hasta que el comandante se puso serio, si no, sigue recogiendo sus coles en medio de la metralla.

En esta guerra del pueblo español contra el fascismo se ven cosas bien raras, en efecto.

Más testigos del proceder republicano Varios lores, de distintos matices políticos, visitarán la España leal

Londres, 25.—Se sabe que lord Kinnoul ha aceptado la invitación que se le ha hecho para formar parte del grupo de lores que se proponen visitar la España republicana en los primeros días del año entrante.

Este grupo es llamado en Londres de «los convertidos y los no convertidos»; es decir, de quienes se hallan al lado de los combatientes españoles y de quienes aún abrigan dudas sobre la razón del Gobierno republicano.

Entre los viajeros figurarán lores laboristas, liberales y de otras significaciones. Se espera que, por lo menos, vayan dos conservadores.

Berlín, el Papa y los comunistas

Berlín, 28.—El «Volkischer Beobachter» da a entender que Alemania no contestará a la alocución del Papa y escribe que el III Reich no es como «los burgueses de las grandes democracias, a los que Thorez tiende la mano para servir mejor los intereses de Francia y de Rusia, ni tampoco se entenece ante la bendición de un representante del Papa que incluye a los comunistas entre los fieles. No es preciso contestar a los ataques de los oradores de verbena, ni tampoco a los peligrosos mensajes de la Iglesia».

FIGURAS DEL EJÉRCITO «DE FRANCO»

Kindelán, comandante Jefe «national» de la aviación extranjera de ocupación, confiesa la destrucción de Guernica por los alemanes

Kindelán es uno de los seiscientos generales sublevados contra España. Ascendido, como casi todos ellos, por antigüedad y buenas amistades en la corte, y por haber matado algunos moros indefensos en el Norte de Africa, tenía un mérito indiscutible para ocupar un alto cargo al lado del traidor Franco; había subido en globo una vez, allá en su juventud, corriendo casi tanto riesgo como el trapecista circense que da un doble salto mortal. Esta hazaña, no igualada por ninguno de sus compañeros de profesión, fué la base fundamental de su brillante carrera y le ha servido para que el «generalísimo» le designe como testaferro de la aviación italo-germana que combate contra nuestra independencia.

El «general» Kindelán, es, pues, uno de los elementos de mayor responsabilidad en la zona rebelde: Comandante Jefe «nacional» de la aviación extranjera. Mandar, no manda gran cosa. Tampoco le dejan hacer mucho. Pero, en cambio, es el portavoz de la aviación colonial. Así, forzosamente, hay que darle crédito cuando confiesa alguno de los delitos cometidos por «sus hombres».

En unas manifestaciones que ha hecho al periódico fascista «Oran Matin» sobre la destrucción de Guernica por los alemanes, dice:

«Nosotros no tenemos por qué disculparnos de ello, ya que en Guernica había fábricas de material de guerra. La ciudad se hallaba en pleno teatro de operaciones y preparada para la defensa. Era un objetivo militar normal.»

El reconocimiento del criminal bombardeo es patente. Las disculpas son falsas, como todas las que da siempre el fascismo. Guernica fué destruida cuando el frente de operaciones estaba muy distante de la ciudad, y en su perímetro, aniquilado con sádica saña, no había objetivo militar alguno.

La ciudad santa de los vascos fué incendiada por los alemanes con el asentimiento de Kindelán, papanatas boquiabierto ante la «guerra total» hitleriana, de la que hace propaganda en sus cínicas declaraciones.

La mano tendida y el brazo en alto

Entre los facciosos que se encuentran metidos en el brete de Teruel, figura, según está comprobado, el obispo de la diócesis.

Sentiríamos, más que otra cosa alguna, que este Pastor de rebaños sufriera el menor rasguño durante su forzada estancia en el Seminario turolense, de donde no podrá salir, desde luego, ni a Dios rogando, ni con el mazo dando, como no sea con el permiso de los soldados de la República, quienes, desde luego, ya le han invitado a que lo haga, queriéndole evitar el espectáculo, poco grato a Dios—y suponemos que al obispo también—, el espectáculo poco grato, decimos, de los cadáveres amontonados, y el sufrimiento del hambre y de la sed que padecen, contra su voluntad y contra la voluntad de los soldados de la República, las mujeres y niños allí encerrados.

Sentiríamos que Su Ilustrísima el obispo de Teruel sufriera daño alguno, porque, suponiéndole en gracia de Dios, se apresuraría a explicar, cuando saliera, desde esta zona, y a los insurrectos de la otra, cómo es monstruosa la mentira, infamante mentira, satánica mentira, todo cuanto sus compañeros los obispos españoles sostenían, no sólo en cartas pastorales—algunas de ellas asombro del mundo por su desfachatez—sino en cartas sumamente particulares.

Podrá ver el obispo turolense, si tiene ocasión—que sí la tendrá, si sale—cómo la República es excesivamente generosa. Verá que el gran cardenal de los franceses, Verdier, y el gran «líder» de los comunistas de Francia, Thorez, hablan de «tenderse la mano», en un gesto de com-

prensión y transigencia. ¡Se trata, nada menos, que de la libertad de conciencia, origen de la rebelión del episcopado español, quien jamás quiso admitirla! Libertad de conciencia y encarcelamiento de los intransigentes...

Pero... en esta, ilustrísima purpurada, no estaban ustedes muy conformes. Querían matar la conciencia, y, como no pudieron con los adoquines pastorales, bendicen «en el nombre de Dios» a los que meten en las conciencias libres unas balas de Mauser o de Campogiro.

Viva muchos años Su Ilustrísima, señor obispo. Y, en cuanto vea una mano tendida, estréchela y recuerde que sus compañeros obispos alzaron el brazo fascista allá en el Real de las Huelgas de Burgos...—C. («El Noticiero Universal», Barcelona, 28-XII-37.)

Los moros que vuelven a Ceuta

Ceuta, 27.—En los días 16 y 17, han llegado, procedentes de Algeciras, unos mil moros convalientes e inútiles. A su llegada se han desarrollado tristes escenas, no exentas de hostilidad hacia los fascistas.

Veinticinco derechistas detenidos en Sevilla

París, 28.—La Agencia Radio comunica de Sevilla que veinticinco personalidades derechistas han sido detenidas, estando acusadas de participar en un movimiento popular contra los oficiales y soldados extranjeros.

UN CAPELLAN SIMULADO

La última misa la dijo en la Catedral mosén Francisco, que asegura ser muy liberal y haber desobedecido las órdenes del Obispo

Según este sacerdote, en el Seminario y en el Banco de España se encuentran todos los responsables de los desmanes cometidos en Teruel con los republicanos

No es preciso insistir en la afirmación de que las calles de Teruel son estos días escenario de los más variados lances y sucesos que van desde lo grotesco a lo trágico.

La limpieza de los barrios, el registro de los refugios, sótanos y cuevas, de donde sin descansar va sacándose a los vecinos para evacuarlos y evitar que perezcan víctimas de la lucha o del hambre, provocan hechos que el cronista procura recoger mientras llega el momento de la dominación definitiva de los focos facciosos que aún subsisten en la ciudad de los Amantes.

Esta mañana muy temprano, cuando la niebla era todavía dueña de la ciudad, una patrulla nuestra penetró en servicio de requisa por la calle de Santa María. Cuando pasaban nuestros soldados frente a la casa número 4, un hombre viejo, con gafas, vestido con mono azul de mecánico, salió al balcón del segundo piso, pidiendo auxilio:

—¡Hermanos, esperadme! No os marchéis, que yo no puedo aguantar más en este infierno de tiros. Llevo sin comer seis días y voy a morir de hambre.

Se detuvo la patrulla. Desapareció el vecino y a los pocos instantes salió a la calle y se reunió, temblando y llorando, a la fuerza:

—¡Un poco de pan! ¡Dadme agua, por caridad!—exclamó acongojado.

Los soldados se apresuraron a complacerle. Mientras el desconocido comía, con voracidad, el pan y consumía el líquido de dos cantimploras, reanudó la marcha en unión de la patrulla. Al ver que ésta trataba de internarse en la ciudad, el hombre del mono azul se arrodilló suplicante:

—¡Por ahí no, no me llevéis hacia el interior, que hay «pacos» en las cuevas y los tiros me dan mucho miedo!—gritó espantado.

Le complacieron los soldados y rápidamente le llevaron a uno de los puestos de mando, donde, con la natural sorpresa, confesó que aquel mono era un disfraz:

—Yo soy sacerdote. Me llamo Francisco Cañada Gil. Tengo cincuenta y seis años; soy natural de Mosqueruela del Cid y pertenezco al curato de la parroquia de Santiago. Soy liberal de toda la vida y al llegar la presente situación he desobedecido las órdenes del obispo de esta diócesis.

Toda su filiación la dijo el acongojado sacerdote de un tirón, sin respirar, como si temiera olvidarse de algún dato.

El mando ordenó su traslado a la retaguardia, en unión de unos prisioneros. En el trayecto hemos hablado con él. Todo su afán es pregonar que tiene sentimientos liberales y que a su debido tiempo protestó del espantoso espectáculo de la ejecución celebrada por los falangistas en la Plaza del Torico:

—¡Aquello fué horrible! Nunca borraré Teruel la afrenta que sobre su buena ejecutoria lanzara aquella turba de malvados. Protesté y a poco me cuesta la cabeza. Entre aquellos trece desgraciados tenía yo dos amigos: uno el director de la Normal, don José Soler; el otro, un guar-

da forestal de Mora de Rubielos, Máximo Tío, que fué alcalde de su pueblo tres días—dice tembloroso y desfallecido el cura de Santiago.

Nos refiere después que, ya en pleno pánico dentro de la ciudad, cuando las gentes comprometidas en los desmanes provocados durante la dominación facciosa corrían enloquecidos de miedo, buscando refugio, él acudió a su iglesia y celebró misa.

—¡Fué la última que se dijo en la iglesia de Teruel! La celebré el día 19, a las diez de la mañana. A oír la sólo acudieron diecisiete personas, que salieron corriendo hacia el Seminario. Allí fui yo también, obedeciendo órdenes del prelado, pero estuve sólo aquella noche. Me marché porque yo no soy más que cura y los jefes de la Falange allí encerrados trataron de darme, como a los demás compañeros, un fusil y municiones con qué defender, según ellos, la religión. Me negué y desobedecí las órdenes del obispo, que no se oponía a tal sacrilegio, y me marché del Seminario a mi casa, donde he estado hasta hoy por la mañana, en que me presenté a los soldados que pasaban por la calle de Santa María, donde habito.

Calla el cura de Santiago unos instantes, que aprovecha para comer más pan y agotar el contenido de otra cantimplora.

Después nos confirma que en el Seminario, con el Obispo, están muchos sacerdotes, todos los jefes de

Falange y los del ejército. En el Gobierno civil están, con las demás autoridades facciosas de la provincia, falangistas, requetés y bastante guardia civil. También hay muchos guardias de este Cuerpo en el Banco de España con los altos jefes, casi todos fascistas y elementos de Falange, del pueblo de Campillo, del de Villastar y de Castralvo, que lograron huir a la ciudad al ser tomadas dichas localidades por el Ejército de la República. En este último edificio, donde el cura cree que hay más de mil personas del elemento civil, están muchísimos requetés que llegaron a Teruel una semana antes de iniciarse la ofensiva republicana...

No dice más el cura de Santiago, que marcha, yerto de frío, tras los guardias de Asalto que conducen una pequeña agrupación de prisioneros. Los sigue y de cuando en cuando se aproxima a ellos y les repite la cantinela de que él es un sacerdote liberal que protestó del trágico espectáculo de la Plaza del Torico y que desobedeció las órdenes del Obispo.

“Mein Kampf” editado en español para el territorio rebelde

Berlín, 21 de diciembre.—Recientemente, fué publicada una traducción española de «Mein Kampf», la cual empieza ahora a circular por el territorio rebelde. También se ha traducido al español el libro consagrado a Hitler por el Dr. Dietrich, jefe de los servicios de prensa nacional, libro que se enviará también a los partidarios de Franco. (Agencia España.)

NOTA INTERNACIONAL

Hacia un bloque de naciones pacíficas

Norteamérica acepta las explicaciones del Japón. ¿Las acepta solamente? Se ve que Roosevelt no quiere precipitar los acontecimientos. El problema de China traerá aún dificultades mayores, y el tono de las notas de Washington indica de sobra cuál será la actitud futura de los Estados Unidos.

La democracia americana no pierde la cabeza; pero está alerta, no solamente por lo que acontece en el Pacífico, sino por lo que pueda ocurrir en el mundo dada la audacia de los agresores. Por lo pronto, las agencias hablan ya de un acercamiento de los Estados Unidos a las potencias europeas que viven bajo el mismo signo político. El supuesto aislamiento del gran pueblo americano con relación a los asuntos de Europa, no existe ya. Sus dirigentes están convencidos de que la paz es indivisible, según la frase de Litvinof. Del sueño panamericanista no queda apenas otro rastro que el de las querellas entre los pueblos de la misma raza, demasiado influidos por las ideologías antagónicas, democracia y fascismo, que constituyen la dramática contradicción de nuestro tiempo. Hitler tiene agentes en el Brasil y en la Argentina; Mussolini influye en Chile, Uruguay y Venezuela; el partido militar del Japón tiene los ojos fijos en Filipinas. Decididamente, no es posible encerrarse en las fronteras de un continente; el fascismo pasa los mares, porque no es un fenómeno nacional, sino una psicología, una forma primaria de entender la vida, un movimiento antihistórico que rechaza los fines de la civilización política. Norteamérica es su enemiga natural por dos razones: porque es un pueblo donde no se han corrompido todavía los valores morales, y porque sus intereses descansan sobre los intereses de la libertad. Cuando Roosevelt condena a los «violadores de tratados», habla el lenguaje de Lincoln, el fundador de la democracia americana, que no negó nunca su ascendencia quaquera. A un pueblo que ama la verdad y respeta sus compromisos, lo que más le irrita es esa descarada política de la falsedad

que practica el fascismo en la esfera de sus relaciones exteriores.

En Washington se va viendo claro que la suerte de los Estados Unidos está unida a la de Europa por un determinismo fatal. Los recelos contra Inglaterra tienen que disiparse ante los riesgos comunes. Hay, en efecto, grandes intereses que separan a los dos Estados; pero también existen otros que les acercan hasta exigir una estrecha colaboración. También, en 1914, los políticos de los dos países pensaban que podían seguir una política divergente. La trágica realidad de la guerra vino a demostrar lo inexacto de esta idea. Es verdad que el balance del conflicto separó a los aliados de ayer por cuestiones de orden económico. El problema de las deudas de guerra tornó escépticos respecto a Europa a los políticos americanos. Pero el tiempo ha venido a demostrar que solamente la solidaridad de un grupo de pueblos libres, regidos con inteligencia y honradez, puede salvar los principios de la civilización política recibida en depósito a través de una historia accidentada y difícil.

Si Roosevelt actúa esta vez con la gallardía y la firmeza que presiden toda su gestión, tendrá que llegarse al bloque de las naciones pacíficas que ponga fin al chantaje del imperialismo fascista. Esta sería la mejor ocasión para que Norteamérica volviese a la Sociedad de Naciones fortaleciéndola con su presencia y sus iniciativas. Los grandes Estados democráticos, unidos en un frente común, podrían mirar con tranquilidad al adversario y revisar la política que la Liga desarrolló en estos últimos tiempos bajo la coacción del eje Roma-Berlín. La idea de Thorez, en su magnífico discurso, de reemprender el examen de los problemas de España y de China podría llevarse a cabo felizmente con la adhesión de los Estados Unidos. ¿Están los conservadores ingleses predispuestos a esta solución? Los acontecimientos los empujan inexorablemente hacia ella.

El problema militar en Portugal

¡Aumenta el descontento en el Ejército!

La dictadura portuguesa se halla ante una situación delicadísima. El descontento en el ejército aumenta cada día más ante las proporciones que está alcanzando la Legión portuguesa, organización fascista creada por Oliveira Salazar para proteger y perpetuar la tiranía que su gobierno ejerce sobre el pueblo.

La mayoría de los oficiales superiores del ejército no disimulan ya su antipatía hacia la Legión, porque ésta suplanta el prestigio de que gozaba el ejército hasta la fecha.

¿Qué consecuencias tendrá esta situación? No son muy difíciles de suponer, y el programa de militarización que Salazar está poniendo en práctica puede muy bien ser motivo de su «abdicación» forzosa...

LA SITUACIÓN EN MALLORCA

Palma, base de operaciones bélicas, financieras, germano-italiana

París, 28.—Procedente de Palma de Mallorca, vía Italia, ha llegado a ésta un ciudadano español que, para salir del territorio dominado por los facciosos utilizó una hábil estrategia.

Confirma el régimen de terror implantado por los rebeldes en Palma, que en realidad es una base de operaciones germanoitaliana, llena de extranjeros.

La carestía de todos los artículos es enorme, y falta hasta lo más imprescindible, incluso pieles para la fabricación de zapatos, cuya abundancia siempre caracterizó la producción isleña. Pero ahora las llevan a Italia o las requisan para el ejército.

Indica que la mayoría de la población es antifascista y que de una

guarnición de treinta mil soldados españoles, el ochenta por ciento son republicanos, incluso la oficialidad que es desdeñada por el militar extranjero dominante de la isla.

Este individuo ha sostenido alguna correspondencia con parientes residentes en Sevilla, quienes en la forma requerida para evitar la censura, les anunciaban el malestar y aplauso que se siente en toda la región andaluza.

Felicitaciones al general Hernández Saravia

Frente de Levante, 28.—El general jefe del Ejército de Levante ha recibido, entre otros muchos, los siguientes telegramas de felicitación:

Del Comité Nacional de Unión Republicana: «Este Comité se siente orgulloso de poder ofrecer admiración mundo la gesta heroica desarrollada bajo su dirección por el Ejército Popular por desarrollo operaciones sector hasta la toma Teruel. Rogamos reciba esta felicitación en nombre de todos buenos patriotas amantes de sus libertades y las transmita valeroso Ejército de su mando que con singular bravura obedeció órdenes y cumple deberes.—Mateo Silva.»

De la Ejecutiva del Partido Socialista: «Felicitole por éxito nuestro Ejército Teruel. Victoria nuestro Ejército representa victoria emocionada pueblo español que admira conquista independencia absoluta territorio nacional por invasión fascista extranjeros en complicidad generales traidores contra la República española. Continuaremos prestando Ejército nuestra entusiasta colaboración hasta alcanzar victoria final.—González Peña, presidente.»

Italia retira de la circulación su plata acuñada

Roma, 27.—Se anuncia oficialmente que a partir del próximo 31 de diciembre serán retiradas de la circulación las monedas de plata de 10 y 20 liras. Esta medida está encaminada a concentrar plata en las cajas del Tesoro ya que no hay en ellas ni oro ni divisas extranjeras.

Más honras póstumas a fascistas italianos «caídos en España»

Roma, 28.—La prensa trae la noticia de que el Ministerio de la Guerra italiano ha concedido la medalla de oro a la memoria del sargento piloto Hugo Marzio, «caído en España en defensa de la civilización».

Las autoridades fascistas y el prefecto de la provincia de Pescara han visitado a la familia del caído.